

Espacios de fiesta en la Ciudad de México en el siglo XIX

Verónica Zárate Toscano*

Preliminar

Este ensayo es el primer resultado de una investigación más amplia que analiza la utilización de los espacios públicos en la Ciudad de México —y su entorno— como lugares privilegiados para efectuar en ellos las fiestas civiles y religiosas. En ese sentido, interesa ofrecer una perspectiva que permita conocer la simbiosis que existía entre las celebraciones festivas y la distribución urbana de la ciudad en el siglo XIX. Se pretende abordar el problema de la socialización vinculado al entorno físico. Las fiestas congregaban en un sólo espacio a los representantes de distintos estratos sociales, los cuales desplegaban sus respectivas actitudes culturales.

A partir de la información de que disponemos, se hace evidente que la fiesta se convierte en motor de la cohesión social. Alrededor de los rituales festivos (sonido, luz, comida, música, baile, danza, liturgia y representaciones) y las formas simbólicas que éstos conllevan, se crea un territorio que permite la unificación de individuos con orígenes sociales distintos que se reúnen con motivo de la fiesta, ya sea religiosa o cívica y se identifican a través de su participación.¹

Podemos decir que durante el siglo XIX mexicano, la fiesta es un escenario histórico por excelencia ya que en él convergen dos corrientes culturales que pugnan por imponerse. La añeja tradición heredada

de la época colonial, cargada de simbolismo religioso y fidelidad a un monarca lejano, se enfrenta a las ideas de la modernidad que buscan sacar adelante un país independiente dispuesto a ensayar y adoptar nuevos modelos culturales.

Dentro de este marco, nos ocuparemos del análisis del “paseo del día de finados” que en el siglo XIX se celebraba en la Ciudad de México durante la primera semana de noviembre. Por un lado, se destaca la utilización de la ciudad —y concretamente de la Plaza Mayor— como escenario social en que se desarrollaban las ceremonias públicas. Y por el otro, se enfatiza que la celebración de la muerte, más que recordar a los difuntos, estaba encaminada a distraer la atención de los vivos a fin de que pudieran sobrellevar su pena.²

Vale la pena resaltar que la memoria de la muerte pasaba de ser una conmemoración privada que se realizaba en los altares levantados en casa, en honor de los fallecidos, para ir adquiriendo paulatinamente un carácter más abierto en el momento en que se acudía a los panteones a visitar las tumbas, orar y comer en ellas, hasta convertirse en una ceremonia pública en la plaza principal de la Ciudad de México. En estas acciones se distingue una combinación de lo religioso y lo secular, sobre todo con diversiones tan paganas como los bailes, títeres, etc. que se efectúan como actos complementarios de la festividad.

No logra percibirse en esta sucesión de hechos una muestra palpable de un conflicto entre Iglesia y Estado. Cada una de estas instancias parecía tener claro cuál era su coto de dominio y evitaba, al

* Instituto de Investigaciones doctor José María Luis Mora.

menos en esta celebración, un enfrentamiento directo o una violación de espacios. La Iglesia participaba en esta conmemoración pero manteniéndose dentro de su propio terreno, circunscribiéndose a los límites del recinto sagrado, del templo, en el cual se oficiaban las misas por los difuntos. Había abandonado poco a poco ese protagonismo que caracterizaba todas las celebraciones de la época colonial, dejando el espacio de las calles y las plazas para que la población disfrutara de una nueva forma de fiesta secular, cuyos elementos eran controlados por el Estado.

Ahora bien, es un hecho innegable que la Ciudad de México ha sido siempre un gran escenario donde se han efectuado una serie de actos públicos que, con intención o sin ella, han servido de espectáculo y entretenimiento a sus habitantes. Estos actos o representaciones han tenido el objetivo preciso de servir de advertencia a la población del destino que esperaba a los que transgredían las normas; es éste el caso de las quemadas inquisitoriales de la época colonial o las ejecuciones de delincuentes llevadas a cabo en plazas públicas. Otros actos, en cambio, han sido utilizados para demostrar la grandeza y fuerza del régimen en turno, tales como los juramentos de los reyes, las llegadas de los virreyes, la toma de posesión de presidentes, etc. Y finalmente, otros más pueden considerarse una manifestación pública de los profundos sentimientos religiosos, demostrados en procesiones como las celebradas en Semana Santa o el Corpus.

Hay una ceremonia en particular que reúne todos estos elementos, aunque con matices significativos, y es precisamente la dedicada a despedir los restos mortales del ser humano y a recordar su memoria. La "ceremonia de la muerte" tiene un gran impacto social, ya que combina el carácter religioso con el civil, convirtiéndose en una manifestación del poder espiritual y terrenal de los seres humanos.³

Los espacios públicos eran los lugares más propicios para hacer ostentación del dolor por la partida. Los cortejos fúnebres recorrían las principales calles y plazas de las ciudades en un último viaje que involucraba a toda la sociedad, en la postrer despedida. Era un homenaje final donde se hacía alarde de la calidad del difunto y se convertía a la muerte en un acto de conciencia colectiva. Tras la muerte, el difunto no desaparecía de la memoria individual y pública. Año con año, en el aniversario del deceso, se celebraban honras y misas para contribuir a la salvación de su alma y para alimentar su recuerdo.

Además de estos aniversarios particulares, la

Iglesia Católica designó —desde el siglo X— la fecha del 2 de noviembre para conmemorar a los difuntos. Ese día se recurría a mecanismos auxiliares para que las almas pecadoras salieran del purgatorio y gozaran de la dicha eterna. Los seres terrenales asistían a misa, comulgaban, encendían cirios, daban limosnas, cumplían penitencias, oraban...⁴ Todas estas acciones permitían de forma paralela la obtención de indulgencias para que ellos mismos y en un futuro incierto, aseguraran su salvación. Cabe preguntarse qué pesaba más sobre los vivos: el destino de las almas ajenas o el de la suya propia.

El día de muertos

A lo largo del siglo XIX, la Ciudad de México presentó la transformación de una ceremonia que combinaba las prácticas individuales con las colectivas. En la intimidad del hogar, se colocaba una ofrenda para honrar la memoria de algún ser querido. Igualmente se visitaba el panteón para convivir con el difunto en aquel palmo de terreno que guardaba sus restos mortales. Y posteriormente, los habitantes de la ciudad desahogaban sus penas inmersos en una "fiesta" popular.

El regocijo popular, la alegría y la risa han sido siempre una "válvula" de escape que se abre para mantener el equilibrio y la conexión entre los miembros de la sociedad. Asimismo, pueden considerarse como un mecanismo terapéutico para hacer soportable el trabajo⁵ y, en este caso concreto, para soslayar la muerte. Con el pretexto de recordar a los difuntos, se comía, bebía, paseaba, disfrutaba de las diversiones, en fin, se sociabilizaba.

Como parte del ritual colectivo, al despuntar el día se asistía a la iglesia. El interior del templo era cubierto con colgaduras de paño negro, mientras que en los pasillos se veían pintadas calaveras, emblema inequívoco de la muerte. Con el público asistente vestido de riguroso luto, tres veces al día se oficiaban las misas de difuntos y se rezaban oraciones particulares por aquellos que se habían "adelantado en el camino".⁶ El día de muertos hermanaba estas prácticas devotas con otras más paganas —pues los rituales religiosos eran seguidos de actos de entretenimiento—, autorizadas por el Estado.

Los difuntos hacían su aparición en la memoria colectiva pero en combinación con los placeres mundanos y las distracciones alejadas del dolor. Como observó José María Lafragua "por costumbre y no

La Plaza Mayor



El gran panteón amoroso, de José Guadalupe Posada.

por hacer ejercicio, se va al paseo; por costumbre y no por hacer memoria de nuestros amigos, se visitan los cementerios el día de finados".⁷

Por su parte, Francisco Zarco, menos irónico y más conmovido, comentaba que en los cementerios "todos gimen este día por el padre, por el hijo, por el esposo, por el amante, por el amigo, y todos dan rienda suelta a su dolor".⁸ Florencio M. del Castillo, tras presenciar una lastimera escena en el panteón, escribió: "Lloré, pensando que tal vez dentro de pronto desearía que algunas lágrimas vengan a caer sobre mi tumba como un rocío".⁹ Estas escenas de dolor tenían como escenario los cementerios, frente al sepulcro, en actos que debían estar revestidos de una intimidad no interrumpida por los demás asistentes a los panteones, ya que debía existir entre todos ellos una especie de complicidad, un llanto compartido por una pena similar. Pero la realidad era distinta y el cementerio era la cuna de la algarabía durante los días cercanos al dos de noviembre y sobre todo en esa fecha. La gente se engalanaba para ir a visitarlos, pero lo hacía aún más para asistir al paseo.

Durante prácticamente todo el siglo pasado, la plaza principal de la Ciudad de México se convirtió en el escenario de lo que es conocido con distintos nombres: "vendimia de finados", "día de finados", "conmemoración de fieles difuntos", "festividad de todos santos", "temporada de noviembre", "día de muertos", "verbena del día de muertos". Tanto la plaza como la fiesta sufrieron modificaciones de contenido, pero mantuvieron su función de distraer a los habitantes de la capital. Podemos intuir que la conmemoración de difuntos funcionaba como una terapia colectiva donde la multitud metamorfoseaba el dolor y lo convertía en gozo. La pena individual se disipaba en un sentimiento colectivo que tendía más a lo festivo y mucho menos a la depresión. En cierto sentido podría decirse que entristecerse era un insulto para la sociedad.¹⁰

La simple mención de que la Plaza Mayor era utilizada para la conmemoración colectiva de los difuntos provocaría en el imaginario del lector la idea de que se convertía, en esos días, en el centro del duelo generalizado. Pero la imagen decimonónica que nos ha llegado es distinta; es una muestra más de la relación que los mexicanos han tenido con la muerte desde épocas remotas.

Las plazas mayores, desde la época colonial, más que un espacio bordeado de edificios, han sido el centro y corazón de una comunidad urbana. Cada uno de sus componentes tiene un significado preciso: simboliza los derechos y deberes de la sociedad, así como los signos de la preeminencia de Dios y del Rey.¹¹ Ayuntamientos, casas de gobierno, sedes de justicia y catedrales o iglesias rodean un espacio público que ha sido el escenario por excelencia de fiestas y ceremonias, desfiles militares, concentraciones multitudinarias, centros de sociabilidad y alma de las ciudades.¹² Es ahí donde se manifiesta de mejor manera la presencia del poder, se intercambian productos comerciales, se pasea, se consolidan relaciones sociales y se conmemora. La plaza, a la vez que tiene una utilidad y una función cotidiana, es el lugar de fiesta en las grandes solemnidades y festejos, los cuales adquieren significados distintos según los participantes y las horas en que se celebran.

La Plaza Mayor de la Ciudad de México sufrió modificaciones y ampliaciones importantes a lo largo del siglo pasado. Durante los últimos años del régimen virreinal, la estatua ecuestre de Carlos IV,

mejor conocida como *El Caballito*, estuvo situada en el centro de la misma como un recordatorio aparentemente eterno del dominio español. Pero cuando los lazos entre la vieja y la nueva España se desataron, este símbolo de poder fue retirado, dejando un espacio vacío. Más adelante se proyectó un monumento a la Independencia, del cual sólo se levantó un zócalo o base, que dio origen a la denominación con que a partir de entonces se conoce a la plaza. A mediados del siglo pasado se demolió el edificio del Parián que estaba situado en el ángulo sur-poniente; por consiguiente, se amplió la plaza hasta adquirir sus dimensiones actuales. Durante el porfiriato, los aires de la modernidad la convirtieron en un jardín con frondosos árboles, bancas y kioscos; es decir, en el corazón de la capital se implantó un bosque; pero las nuevas concepciones urbanas consideraron que era mejor dejarlo como un espacio abierto donde resaltarán los símbolos del poder.

Éste fue el lugar donde se realizó la celebración durante prácticamente todo el siglo. Hubo algunos años en que la fiesta se trasladó a la Alameda, hacia los límites del poniente de la ciudad. Este hecho la alejaba por completo de una plaza bordeada de símbolos civiles y religiosos, situada en el corazón de la ciudad, centro de toda actividad. La utilización de la Alameda como escenario de festividades databa de los primeros años de vida independiente y al realizar en ella esta conmemoración, se resaltaba su importancia en ese sentido. Los impulsores de este cambio argumentaban que ésta tenía un espacio más propicio para la realización del paseo, pero existía una opinión contraria que defendía la tradición de continuar realizando dicha festividad en el Zócalo.¹³ Aparentemente hubo años en que se hicieron celebraciones en ambos sitios, lo que favoreció la separación de las clases sociales, ya que la Alameda concentró a las clases altas, mientras que las bajas permanecieron en la tradicional Plaza Mayor.

Para dar una idea sobre la participación de los distintos estratos sociales a lo largo del siglo, citamos las crónicas plasmadas en tres momentos específicos. En 1822, Joël R. Poinsett se sorprendió de que existía una concurrencia multclasista, ya que el lugar se llenaba de "léperos de calzón blanco, camisa y huaraches, a veces un sarape al hombro, y de personas bien vestidas, charramente engalanadas muchas de ellas con cordones y entorchados de oro y plata".¹⁴

A mediados de siglo, Guillermo Prieto, con un sentido más acucioso, recordaba que, a primeras horas de la noche, en la plaza abundaban las fraza-

das y rebozos y que, a partir de las nueve, se oía el crujir de la seda y el sonido de los abanicos.¹⁵ Para fines de la centuria, un cronista anónimo escribió en el *Diario del Hogar*, una descripción muy rica de los distintos actores sociales que participaban en la festividad:

México ofrece consuelo para todos [...] el día de los difuntos. Unos, los privilegiados de la fortuna, ó los que empeñan todo lo empeñable, para aparentar lo que no son, van de coche al concierto de la Alameda. Los otros, los que no figuran, se encierran en sus respectivas casas; y los demás, los que puedo llamar los desheredados, van a mitigar sus sentimientos en los figones, apurando los fenomenales vasos de blanco licor.¹⁶

Como se desprende de lo anterior, un rasgo sobresaliente de la celebración es que se fue diferenciando cada vez más el espacio y el tiempo destinados al solaz de las distintas clases sociales. De alguna manera, se buscaba mantener el orden y perpetuar las jerarquías sociales. Existía una convivencia, pero estrictamente regulada. Cabe agregar que, además, este tipo de conmemoración fue adquiriendo un sentido educativo por el hecho de transmitir ciertos valores respecto a la muerte y contribuir así a inventar y consolidar una tradición.

La conmemoración de difuntos

La fiesta de muertos duraba generalmente toda la primera semana de noviembre, pero podría incluir los últimos días del mes de octubre e incluso prolongarse hasta por dos semanas más, todo ello en función del éxito obtenido, de los intereses de las autoridades y de los apoyos recibidos de los sectores económicos involucrados.

Con exactitud, no se ha podido establecer la fecha en que dio inicio la costumbre que se arraigó durante el siglo XIX. Sabemos que a principios del siglo XVIII, el Día de los Fieles Difuntos se conmemoraba ofreciendo misas por las ánimas. El doblar de las campanas de toda la ciudad convocaba a la oración y a la veneración de las reliquias que se exponían a la vista de los asistentes en las iglesias y capillas.¹⁷ Sin embargo, las crónicas no se refieren a ningún paseo o diversión que siguiera a estas acciones piadosas.

La primera mención que se hace en este sentido alude a que es una costumbre poco anterior a la

época del virrey José de Iturrigaray,¹⁸ quien gobernó la Nueva España entre 1803 y 1808. Ya para 1814 y 1815, el paseo aparece reseñado —y criticado— en la prensa.¹⁹ La festividad se prolongó hasta los años del auge porfiriano en que fue decayendo el éxito de los bailes y conciertos.²⁰ Ya en 1890 se podían leer en los periódicos las quejas de que las fiestas no habían estado muy animadas porque se había introducido la novedad de permitir la entrada gratuita, a todo el público, a los salones instalados en la Alameda, antiguamente reservados a la alta sociedad.²¹

Pocos años después, la conmemoración abandonó la Plaza Mayor. El crecimiento urbano fue empujando la última morada de los seres humanos hacia los confines de la ciudad. Los panteones de Dolores, Francés, Español, Americano y Tepeyac se llenaban de dolientes y paseantes en esos días, dejando despoblada la ciudad.²² Podríamos decir que la conmemoración se fue descentralizando, se fue dispersando, se transformó y adquirió las características con las que actualmente se desarrolla, es decir, en términos familiares y circunscribiéndose a los sitios cercanos a los cementerios.

Al llegar noviembre, tras un agitado calendario cívico y religioso, los habitantes de la Ciudad de México se preparaban para una doble tarea: venerar la memoria de los muertos y disfrutar los placeres de la vida. “Cuando el pálido sol de otoño cae sobre el horizonte, las tristes florestas de la muerte reúnen a la multitud y le advierten que tiene un año más de vida”.²³

Todos aguardaban los días de fiesta para comer bien, vestir mejor, tratar con personas del otro sexo, oír música, divertirse y compartir creencias con los demás. Más que enlutarse, se adornaban con sus mejores galas para caminar por las pasarelas. Más que la tristeza, se contagiaba la alegría. Más que llorar la muerte, disfrutaban de los placeres de la vida. La conmemoración oficial del día de muertos se convertía en una distracción que buscaba mitigar la pena. Con la presencia de ciertos elementos simbólicos, se exorcizaba a la muerte, se disipaba el dolor, se creaba una esperanza; se le utilizaba como alimento y objeto de diversión. La semana servía de “entretenimiento y naciente solaz para la población”.²⁴

Independientemente de una evolución histórica de estas tradiciones, lo que resalta como un rasgo permanente es la ingerencia que tenían las autoridades gubernativas en el desarrollo de la fiesta. Ninguna celebración podía llevarse a cabo sin su

anuencia y ejercían su control limitando el tiempo y el espacio de la fiesta, diferenciando sus componentes para evitar, en la medida de lo posible, una espontaneidad que pudiera amenazar el orden.

Las motivaciones de los organizadores de tales paseos quedaban aparentemente al margen de la dinámica de la fiesta. La intervención del ayuntamiento era una clara indicación de que se pretendía mantener un control sobre la diversión pública y evitar todo acto riesgoso. De esta forma, el cabildo utilizaba los servicios de veladores de guarda y tropa, quienes cuidaban la policía y orden de la plaza. Pero no hay que olvidar que la fiesta contribuía a la creación y toma de conciencia de la propia identidad social mediante la difusión de ideas y valores con los que se identificaba la comunidad celebrante. Así pues, el máximo órgano de gobierno de la ciudad era el que dictaba la política de la celebración al fijar las características de su duración, participantes, territorio que abarcaba y financiamiento de la misma.

Para tal fin, utilizaba sus fondos propios pero también recurría a las aportaciones de particulares. A lo largo de todo el siglo, encontramos diversos contratistas que, en forma individual o como socios del ayuntamiento, se hacían cargo de todo el montaje y organización, invirtiendo cuantiosas sumas en el evento, pero al mismo tiempo aprovechando algunos recursos municipales. La concesión se remataba por una cantidad convenida, la cual ingresaba en la tesorería.²⁵

En un momento dado, la Comisión de Festividades del propio ayuntamiento se encargó de la organización de la fiesta, garantizando así la posibilidad de tener ingerencia en la utilización y distribución del beneficio económico que produjera. En un principio, los productos de la misma iban a dar directamente a las arcas municipales. Sin embargo, con el paso del tiempo vamos encontrando que se les destinó a fines políticos, asistencia social y proyectos urbanos diversos, como el “pago de la deuda americana”, contribuciones a un taller del Gran Círculo de Obreros, apertura de la calle de Mina y al asilo de mendigos.²⁶

Conforme avanzaba el siglo, la celebración fue adquiriendo un carácter cada vez más comercial, hecho que despertó agrias críticas en la prensa contemporánea. La condena no sólo estaba dirigida hacia los que se enriquecían con el pretexto de la muerte, sino hacia los consumidores desenfrenados, y, de manera velada, hacia las instancias que las autorizaban y fomentaban.²⁷

Una de las primeras tareas de preparación de la fiesta era montar una obra efímera, escenario de embellecimiento momentáneo que cautivaba año con año a los asistentes y representaba un reto permanente de mejorar la escenografía anterior. El ayuntamiento facilitaba los operarios al contratista (pero éste debía cubrir su salario), así como los materiales necesarios para edificar un exquisito salón principal. Con vigas de madera se construía el armazón, el cual era cubierto con los lienzos de tela que se utilizaban como "vela", es decir, como toldo, en otras celebraciones.²⁸ Durante el tiempo en que estuvo colocado en la Plaza Mayor, *El Caballito* permanecía como mudo testigo mientras su recinto se cubría con lonas. Posteriormente, se aprovechó para tal fin el zócalo y, a fines de siglo, se utilizaban las glorietas del jardín.

En el interior del salón se colocaban hileras de sillas o se instalaban gradas para los concurrentes, a fin de proporcionarles un sitio donde descansar después de pasear. Era un lugar para ver y ser visto; para lucir las mejores ropas; para hacer ostentación de las joyas; para admirar y criticar los atuendos y las fisonomías ajenas. Por gozar de un asiento en este lugar tan exclusivo y a cubierto, se pagaba una cuota que oscilaba entre cuatro reales y un peso por noche, aunque en algunos momentos se promovía, como un hecho de galantería, que las damas entraran gratis, costumbre que pervive en nuestros días, en ciertos espectáculos.²⁹

Globos, alfombras, macetas, candiles, espejos y cuadros se utilizaban para adornar "como corresponde a la buena sociedad de México",³⁰ complementados con los juegos hidráulicos en las fuentes. El despliegue de fantasía y ostentación fastuosa de una fiesta de antiguo régimen, se prolongó en el siglo XIX bajo ropajes neoclásicos y románticos.

En uno de los ángulos del salón se colocaban palcos con dosel para las autoridades: el virrey y su familia (en su momento), el emperador, el presidente, los miembros del ayuntamiento y personalidades distinguidas (en su otro momento).

Dentro del salón se instalaban bandas de música y orquestas que conducían los bailes de la sociedad, siempre dentro de los límites establecidos por las



El Caballito, de Posada.

autoridades y en el periodo previsto. Pero también era factible aprovechar el salón ya montado para hacer otros bailes, permitidos por otras autoridades superiores y con fines diferentes una vez terminada la conmemoración de los difuntos.³¹

Ante el éxito de la celebración, se fueron agregando salones que daban cabida a otro tipo de diversiones, como por ejemplo títeres, teatro, ópera, juegos de azar, circo y demás espectáculos que no fueran en contra de los principios de "la moral ni la decencia". La celebración se convertía asimismo en una exposición en la que artesanos e industriales colocaban sus productos en el salón central para obtener los premios ofrecidos por el ayuntamiento, como antecedente de las ferias internacionales. A estas actividades pronto se añadieron algunos concursos literarios, musicales y de carros alegóricos.³²

En el exterior del salón también se colocaban sillas a precios más modestos, los cuales no protegían del frío viento de noviembre, la lluvia, los *nortes*, las heladas, en contraste con el "calor reconcentrado en aquel barracón [que] hacía insufrible su estancia en él", como diría Carlos María de Bustamante.³³

La plaza se cercaba con una barrera de madera y se tenía cuidado en dejar un espacio libre de vendedores para que pudieran circular libremente los coches. Las mesas de los comerciantes sólo podían instalarse dentro de la plaza y no extenderse a los portales, empedradillo ni alrededor de la misma. Además, había puestos en los que se vendía fruta,



Calaveritas de dulce, mercado de la Merced, México, DF. Foto: Rodolfo Ávila.

biscochos y juguetes. Sabemos que a principios de siglo, todos ellos debían pagar al contratista diez reales por cada vara que les ocuparan las mesas y un real por cada canasta de las fruterías.³⁴ Es fácil imaginar que con tales dimensiones, el contratista no era el que se divertía más pero sí el que obtenía mayores beneficios.

Es importante resaltar el carácter emblemático y simbólico de los juguetes y dulces relacionados con la muerte. Algunos de los juguetes fúnebres de la época han pervivido hasta nuestros días. No faltaban los ataúdes con su esqueleto adentro, el cual al jalar de un hilo saltaba fuera de su tumba, o las piras funerarias como remedo de las que se colocaban en las iglesias en las honras de las altas personalidades. Había asimismo unos entierros formados por varias figuras cónicas de papel coronadas con una cabeza de garbanzo que llevaban un ataúd, una cruz y unos cirios, las cuales se colocaban sobre unas varas delgadas de oyamel, de tal modo que al accionarlas con las manos, se movían las figuras simulando el pausado andar de los del entierro. Finalmente, habría que mencionar los esqueletos de barro, cuyas extremidades se unían con alambres para que, con el movimiento, bailaran una danza macabra.³⁵

En las mesas se vendían los famosos alfeñiques —golosinas— de las monjas de San Lorenzo y otros dulces como

... calaveritas y chichihuitas, y perritos y macetitas, y canastitos y doguitos, y cajetitas y jaleítas y otras morondangas y chucherías que se ponen para excitar

la golosina de estas seductoras noches en que tantos vivos concurren a hacer memoria de tantos muertos.³⁶

Al decir de la marquesa Calderón de la Barca, las vendedoras no cesaban en sus gritos de “¡Calaveras, niñas, calaveras!”: había tantos animales de azúcar de todas clases, como para poblar el Arca de Noé...³⁷ Y no podían faltar los esqueletos y huesos de azúcar, así como el tradicional y famoso pan de muerto, el cual se adorna con canillas —también de pan— entrelazadas.

Marcos Arróniz comentó, con un dejo de melancolía, que los emblemas de la muerte eran de dulce:

“¡Admirable coincidencia con el día! pues en lugar de llorar a sus deudos, los más endulzan su memoria con el paseo. No sabemos qué pensar, si este día se celebra o lamenta, conforme a nuestras costumbres, la pérdida de los parientes y amigos”.³⁸

La comida festiva se realizaba en los panteones, donde las familias se instalaban con sus canastas, al borde de los sepulcros adornados con flores y cirios, para degustar alimentos y bebidas —como barbacoa y pulque. Pero en el paseo también había la posibilidad de satisfacer el apetito y la sed, ya que se montaban fondas y cafés que servían los más variados platillos.

El ruido y la luz, además del color, eran distintivos de la fiesta. Al misterio del fuego, se unía el derroche de hachones —velas grandes y gruesas— y bujías; la extensa y costosa instalación de lámparas y luminarias, alimentadas con aceite de nabo o gas hidrógeno, en el último tercio del siglo. El asentista no podía usar el aceite del ayuntamiento, pero sí los faroles y candilejas, tomándolos de las calles donde hicieran menos falta.³⁹ La plaza se mantenía encendida hasta las 11 de la noche, momento en que aparecía un ejército de trabajadores “forzados” que barrían, pues todo debía quedar limpio y preparado para el día siguiente.

Pero también era el momento en que la celebración volvía a perder su carácter multitudinario. La gente se dispersaba, iba a cafés y restaurantes. Otros se dirigían a sus casas, donde comían la ofrenda de día de muertos que le recordaba cuál había sido el motivo de la conmemoración. No olvidemos que la fiesta sirve como señalizador temporal. De

hecho interrumpe la sucesión lineal del tiempo y nos marca periodos y ciclos.⁴⁰ Una vez terminada la fiesta, se vuelve a la rutina y se espera con ansia el siguiente momento de ruptura —y de diversión.

Como ha podido verse, en la fiesta que se celebra durante el siglo XIX, los habitantes de la Ciudad de México traspasaban repetidamente el umbral de lo espiritual a lo mundano, y de lo pagano a lo religioso, para soportar el dolor por la pérdida de seres queridos y para contener en el fondo de su conciencia la factibilidad de su propia muerte.

Todo ello tenía lugar en un escenario cargado de simbolismo, en un espacio donde los vivos recordaban a los muertos, en una fiesta que se transformaba pero sin perder sus rasgos tradicionales.

Los cambios, de año en año, eran casi imperceptibles y sólo ha sido posible reconocerlos en la perspectiva del tiempo largo. Las permanencias se presentaban en rasgos tan firmes que nadie reparaba en ellos, simplemente se hacían cosas por costumbre, por tradición. Hasta que los aires de la modernidad, con su planificación urbana y sus ideas higienistas desplazaron los escenarios de la fiesta al entorno de la ciudad.*

Notas

- 1 Marcos González Pérez, *Bajo el palio y el laurel. Bogotá a través de las manifestaciones festivas decimonónicas*: 14, Fondo Editorial Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 1995.
- 2 Para el desarrollo del presente estudio, me he apoyado en la prensa decimonónica, en crónicas y memorias, así como en los contratos celebrados entre el ayuntamiento de la Ciudad de México y algunos particulares para llevar adelante el "paseo".
- 3 He abundado sobre la "ceremonia de la muerte" en Los nobles ante la muerte en México. Actitudes, ceremonias y memoria. 1750-1850, tesis doctoral, El Colegio de México, México, 1996.
- 4 Agradezco a Beatriz Montes Rojas y a Ignacio Hernández García su colaboración en la búsqueda de algunos materiales para el presente artículo. *El Católico*, noviembre de 1847.
- 5 Antonio Bonet Correa, La fiesta barroca como práctica del poder, en *El arte efímero en el mundo hispánico*: 45, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1983.
- 6 Como ha dicho Pedro Gómez García, "... las relaciones entre psicología individual y fiesta tejen la intimidad de la celebración. La vinculación de las personas con el orden sociocultural al que pertenecen se refuerza en la festividad, avivando el sentimiento y hasta la devoción, que los implica con la familia, con el grupo, con los valores exaltados, con el sistema de patronazgo, con la divinidad". Pedro Gómez García, Hipótesis sobre la estructura y función de las fiestas, en Pierre Cordoba y Jean-Pierre Étienne (coords.), *La fiesta, la ceremonia y el rito*: 60, coloquio internacional, Universidad de Granada y Casa de Velázquez, Granada, 1990.
- 7 *Verdad* [José María Lafragua], El día de difuntos, *El Apuntador. Semanario de teatros, costumbres, literatura y variedades*, tomo I: 340-343, Imprenta de Vicente García Torres, México, 1841.
- 8 *Remitido* [Francisco Zarco], El Día de Muertos, *El Museo Mexicano* (2), México, 1843.
- 9 Florencio M. del Castillo, En un cementerio. Meditaciones. Día de Muertos, en *Biblioteca Mexicana Popular y Económica*, tomo I, México, 1851.
- 10 Fortunato, Día de Muertos, *El Siglo XIX*, 4ª época, año XI, tomo V, núm. 1 040, México, 3 de diciembre de 1851.
- 11 François Chevalier, La Plaza Mayor en Amérique Espagnole. Espaces y mentalités: un essai, *Forum y Plaza Mayor dans le Monde Hispanique*: 108, Colloque interdisciplinaire, Casa de Velázquez y É. de Boccard, París, 1978.
- 12 Antonio Bonet Correa, *El urbanismo en España e Hispanoamérica*: 165-167 y 185-187 (Ensayos de Arte), Cátedra, Madrid, 1991.
- 13 Archivo Histórico de la Ciudad de México (en adelante AHCM), *Festividades de noviembre*, núm. 1065, exp. 23 de 1893.
- 14 J. R. Poinsett, *Notas sobre México*, Editorial Jus, México, 1973.
- 15 *Fidel* [Guillermo Prieto], El día de difuntos, *El Siglo XIX*: 2-3, 7 de noviembre de 1849.
- 16 Humoradas Dominicales, *Diario del Hogar. Periódico de las Familias*, año 12, núm. 44, México, 6 de noviembre de 1892, en Guadalupe Ríos, Edelmira Ramírez, Marcela Suárez, *Día de muertos*: 163, Colección Molinos de Viento, Serie Mayor, Tradiciones, 91, UAM, México, 1995.
- 17 *Gazeta de México* núm. 12, noviembre 1728; núm. 24, noviembre 1729; y núm. 72, noviembre 1733, en *Gacetas de México, 1722-1742*, edición facsimilar, Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX, México, 1985.
- 18 *Verdad*, op. cit.
- 19 *Diario de México*, tomo IV, num. 145, 22 de noviembre de 1814; tomo VI, núm. 133, 10 de noviembre de 1815.
- 20 Carolina González Valadez, *Fiestas y paseos en la Ciudad de México, 1847-1910*: 98-99, tesis de maestría en Historia, UNAM, México, 1955.
- 21 *Monitor Republicano* 269, 9 de noviembre de 1890.
- 22 *Op. cit.* 264, 3 de noviembre de 1896.
- 23 I. G., [Isidro Rafael Gondra], La conmemoración de los fieles difuntos, *Semanario de las Señoritas Mexicanas*, tomo 3, Imprenta Vicente García Torres, México, 1842.
- 24 AHCM, *Festividades de Noviembre*, núm. 1065, exp. 7 de 1866.
- 25 Archivo de Notarías de la Ciudad de México (en adelante AN), *José Calapiz*, núm. 157, 24 de octubre de 1818. El arrendamiento de la plaza se remató entonces en 300 pesos a Ignacio Eguiluz.
- 26 AHCM, *Festividades. Noviembre y Todos Santos*, núm. 1065, exp. 20 de 1879 y exp. 21 de 1881.
- 27 D. Ciriaco, *Costumbres Mexicanas. El Día de Muertos, El Centinela Español* (I) 97, 31 de octubre de 1880, en Ríos et al., op. cit.: 91-93.

- 28 AN, *José Calapiz Matos*, núm. 157, 21 de octubre de 1830. En ese año, Manuel Lebrija obtuvo el remate del arrendamiento de la plaza durante siete años, pero con la condición de costear una nueva vela ya que el ayuntamiento no podía franquear la suya, seguramente porque estaba ya muy deteriorada.
- 29 AN, *José Calapiz*, núm. 157 y AHCM, *Festividades*, passim.
- 30 AHCM, *Festividades*, núm. 1065, exp. 11 de 1869.
- 31 Por ejemplo, en 1821 la Regencia permitió la celebración de un baile una vez terminada la semana de fiestas. Asimismo, en 1861, los empleados que habían servido con eficacia y dedicación en el paseo de la Plaza de Todos Santos y Muertos fueron facultados para hacer un baile por su cuenta el domingo siguiente. AHCM, *Festividades de noviembre*, núm. 1065.
- 32 AHCM, *Festividades de noviembre*, núm. 1065, exp. 20 de 1879, y exp. 23 de 1893.
- 33 Carlos María de Bustamante, *Diario Histórico de México*,

- tomo III (1): 149, 2 de noviembre de 1825, notas de Manuel Calvillo, edición de Rina Ortiz, INAH, México, 1982.
- 34 AN, *José Calapiz*, núm. 157, 1818 y 1819.
- 35 Valadez, *op. cit.*: 95-96. Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*: 390, Arturo García Cubas, hermanos sucesores, México, 1904.
- 36 *Diario de México*, tomo VI, núm. 133, 10 de noviembre 1815.
- 37 Marquesa de Calderón de la Barca, *La vida en México*, tomo II: 293. Editora Nacional, México, 1958.
- 38 Incluido en Hira de Gortari Rabiela y Regina Hernández Franyuti (comps.) *Memoria y encuentros: La Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, tomo III: 499. Departamento del Distrito Federal, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1988.
- 39 AN, *José Calapiz*, núm. 157, 1818.
- 40 Juan Francisco Blanco, *El tiempo (Meteorología y cronologías populares)*: 18, Salamanca, Ediciones de la Diputación de Salamanca, Salamanca 1987.

MEXIQUE:

Crise d'un modèle économique?
un bilan macroéconomique



GENEVIÈVE MARCHINI W.

MEXIQUE: CRISE D'UN MODÈLE ÉCONOMIQUE? UN BILAN MACROÉCONOMIQUE

Geneviève MARCHINI W.
CEMCA, México 1997

Acercamiento esencialmente macroeconómico que presenta aspectos particulares de las transformaciones sufridas por la economía mexicana y su amplitud en cuanto a su estabilización, así como en cuanto a las finanzas y los mercados financieros. Para terminar, se abordará una discusión general sobre las políticas aplicadas.

Último título de la colección
Misceláneas en la serie Economía